

ANÁLISIS

*La sociedad española en su conjunto
no tolera la especificidad catalana.*

Una cuestión de conllevancia

Sólo la conllevancia es posible entre Catalunya y el resto de España. La reflexión la hizo Ortega y Gasset, frente a la apuesta inicialmente optimista de Manuel Azaña por un proyecto político que hiciera posible una España diferente en la que los catalanes se sintieran cómodos de forma definitiva. El proceso del Estatut ha reabierto todas aquellas opiniones y el debate de siempre, que es muy cansino para buena parte de la sociedad civil, pero que ocupa más que nunca a la clase política. Ortega, sin embargo, tal vez acabe imponiéndose. Las relaciones políticas se basan en valores y éstos siguen muy distantes, por lo menos en algunas cosas básicas. Jordi Pujol y Joaquín Arango, catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, lo han constatado en un debate organizado hace unos días por el Centre d'Estudis Jordi Pujol. En los diferentes estudios que maneja Arango, uno de ellos encargado por el anterior Govern en 2001 y actualizado en 2003, dentro de la campaña publicitaria Catalunya Hoy, aparecen actitudes muy enraizadas en la sociedad española que explican la oposición al Estatut y a cualquier movimiento político que impulse Catalunya.

Arango recordaba que respecto a la identidad, a la lengua y a los recursos propios, el recurrente debate sobre las balanzas fiscales, la sociedad española es contundente. El catalán para la sociedad española sólo puede ser una segunda lengua, que puede ser utilizada, pero siempre como algo secundario respecto a una gran lengua de



Manel Manchón

comunicación y cultura como es el castellano. Para muchos catalanes no hay ninguna duda sobre la importancia y el valor del castellano, pero siguen prefiriendo que la primera lengua con sus hijos sea el catalán. Eso es algo que no admite el análisis frío de la racionalidad. Se puede entender o no. Otra cuestión central que Arango señalaba es la identificación como nación o como una comunidad diferente, que se siente distinta. Eso es algo que la sociedad española en su conjunto tampoco puede admitir con facilidad.

Ante esas diferentes escalas de valores, que atañen a los sentimientos, los políticos pueden tratar de modificarlas, algo muy complicado y, tal vez, estéril, o buscar una conllevancia práctica y efectiva. Pujol se quejaba en el debate que él tuvo experiencias muy desagradables que no se pudieron encauzar de una forma razonable. Fue cuando el ex president dijo aquello de que la Generalitat era algo más que la Diputación de Cuenca. De forma inmediata los políticos locales la tomaron con Pujol, al sentirse vejados y humillados y reprocharon al ex president una especie de superioridad injustificada. Pero claro, la Generalitat es algo más que la Diputación de Cuenca.

El error de cálculo o la ilusión de la mayoría de políticos catalanes es pensar que existe una izquierda española deseosa de modificar las estructuras territoriales de España. El propio PSC defiende un proyecto federal para España, sin que se sepa, hasta el momento, quien, al margen de Catalunya, se querrá federar. Sin entes federados no hay federación. Así que Catalunya se podría federar, pero directamente con España. Pero eso sería otra cosa.

Hay políticos que mantienen su verdad en secreto y se dedican a hacer política, viendo en cada momento qué se puede hacer y cómo. Jordi Pujol ha sido acusado durante muchos años de ser un independentista en silencio. Con su idea de "fer país", se aseguraba, podía preparar el terreno para nuevas generaciones, escolarizadas en catalán y al calor de las instituciones propias. En todo caso, Pujol no apostó en ningún momento por elaborar un nuevo Estatut. Lo veía excesivamente difícil, con un coste muy alto para Catalunya vistas ahora las reacciones que el PP no se ha ahorrado en alimentar y explotar. El ex president tenía otro proyecto. El famoso documento Argullol. Se lo entregó a José María Aznar. Con algunas iniciativas legislativas y modificaciones de leyes orgánicas se podía elevar sustancialmente el autogobierno de Catalunya, sin hacer ruido, y con el PP con mayoría absoluta. Así, Aznar podía aparecer como el urdidor de un gran acuerdo de Estado, sin que nadie le hubiera acusado de ser el objeto de un gran chantaje nacionalista. Pero no quiso. Le pudo su orgullo de castellano viejo, los valores de un español.